

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 19 de Diciembre

Núm. 23

Año XIII. No. 567

SUMARIO

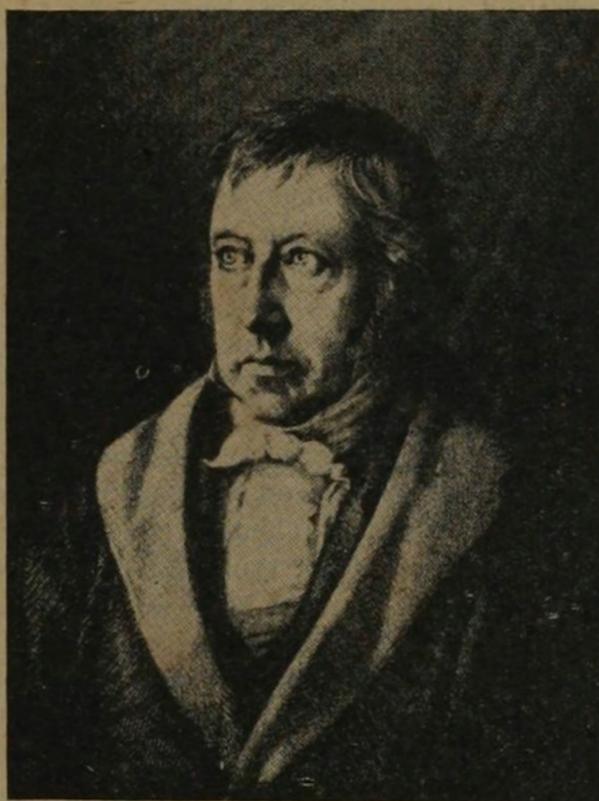
Hégel y América.....	José Ortega y Gasset	Los diez y nueve mandamientos de Gandhi.....	Augusto Arias
Hégel.....	Alberto Gerchunoff	Noticia de libros.....	León Pacheco
El estilo y la clase.....	Antonio Marichalar	Hacia una nueva Edad Media.....	Juan del Camino
¿Qué hora es?		La idolatría del hombre público.....	Crisóstomus
Para los Apuntes de los maestros despiertos...	Gris	El alma de las palabras.....	g.m.
El portalito.....	Claudia Lars	¡Adios, mi General!.....	
La odisea del pueblo judío.....	N. Viera Altamirano	Bibliografía titular.....	
Contra el angosto criterio de los justos.....	Pérsiles	Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua.....	Hugo D. Barbagelata y Francisco Contreras
El mensaje de Lenin.....	L. E. Nieto Caballero		
Gandhi, el sembrador de esperanzas.....	Fernán Félix de Amador		

Hégel y América

=De El Sol, Madrid.=

1.—Era vergonzoso que la *Filosofía de la Historia Universal*, de Hégel, no estuviese traducida ni al francés ni al castellano. Sólo hay dos versiones italianas, ambas infieles y anticuadas. Esto y la contingencia de que recientemente se haya reconstruido en Alemania un nuevo texto de la obra mucho más completo que el conocido me ha llevado a procurar una edición española que ahora va a darse al público(1). Con este motivo he vuelto a recorrer cuidadosamente las formidables páginas de este libro imperial. Imperial, sí. Hégel era un emperador del pensamiento— frase estúpida si usted, lector, se empeña en entenderla como suelen entender hoy a los escritores los lectores de habla española; es decir, no entendiéndolos, suponiéndose desde luego e indefectiblemente más listos que el escritor que leen—. (En algunos países de Suramérica esta enfermedad de los lectores puede llegar a constituir una calamidad nacional).

Hégel es un caso curioso de archi-intelectual, que tiene, no obstante, psicología de hombre de Estado. Autoritario, imponente, duro y constructor. Su alma no se parece nada ni a la de Platón ni a la de Descartes, ni a la de Spinoza ni a la de Kant. La casta de su carácter le sitúa más bien en la línea de César, Diocleciano, Gengis-Khan y Barbarroja. Y no es que fuese uno de estos personajes aparte de ser un pensador, sino que lo fue precisamente como pensador. Su filosofía es imperial, cesárea, gengiskhanesca. Y así ocurrió que, a la postre, dominó políticamente el Estado prusiano, dictatorialmente, desde su cátedra universitaria. Ya digo que es un caso único en la historia de la filosofía. Lo habitual ha sido que cuando un filósofo pretende ser político le pase lo que a Platón. Salió ingenuamente a reformar el Estado de Dionisio, y pocos meses después tuvieron que comprarlo en un mercado de esclavos, a fin de rescatar su divina



G. W. F. Hégel

HEGEL

= De Caras y Caretas, Buenos Aires =

A pesar de hallarse Alemania sometida a la solución de problemas afligentes, no se olvidan allí las preocupaciones espirituales. Sabe Alemania que su prestigio en el mundo, su ascendiente moral, no le viene tan sólo de su poderoso ingenio para el trabajo. Antes de haber sido la nación de las industrias, de la expansión económica, fue país de fecundidad en la creación de obras del espíritu. Y en la mejor época alemana, en el período de profunda incubación intelectual y especulación filosófica floreció el pensamiento de Hégel. Nació en 1770. Murió en 1831. Y en el centenario de su muerte, el mundo civilizado evoca a esa gran figura de constructor de ideas, a ese creador pujante de sistemas. Fue, en los tiempos modernos, el último metafísico alemán, comparable por su magnitud a los más insignes forjadores de doctrinas orgánicas. Fue un extraordinario organismo mental, que influyó con su raciocinio, con su lógica, con su procedimiento especulativo, en las inteligencias constructivas del siglo XIX. No ha influido únicamente en los que se dedicaban a las ideas puras. Influyó en sistematizadores de teorías políticas y económicas. Hallamos su huella en el método de Marx, como la

(Pasa a la página 362)

persona, caída en tan extrema desventura.

Hégel es un emperador del pensamiento en un sentido radicalmente distinto y mucho más sustancioso de lo que ha imaginado al pronto el listísimo lector. En ninguna de sus obras trasparece tanto ese carácter— organizador de grandes masas y duro para la carne de cañón— como en esta *Filosofía de la Historia Universal*. Sobre ella hablo largamente en el prólogo a la versión española; pero ahora quisiera espumar un tema particular: cómo ve este gran filósofo de la Historia la América emergente.

Hégel ha sido uno de los últimos filósofos para quienes el universo es algo real. Después de él vino el diluvio del fenomenalismo en todas las formas, formatos y variantes posibles. Como ahora sentimos— y no sólo sentimos— la urgencia de redescubrir la realidad tras de los meros fenómenos, más allá de todo relativismo, el contacto con Hégel, ya que no nos conquista, nos corrobora. La realidad universal que descubre fué llamada por él Espíritu. Este no es otra cosa que aquello que se conoce a sí mismo. Y como el que se conoce a sí mismo no es más que eso, no se puede diferenciar de otro que posea la misma condición. El saberse del uno es idéntico al saberse del otro; por tanto, no hay más que un Espíritu, una única realidad absoluta. Todo lo demás es real sólo como miembro y elemento de ese Espíritu, que, consistiendo en un conocerse, consiste en una actividad, en un movimiento y esencial agilidad, que le lleva del ignorarse hasta el saberse. Va, pues, pasando de idea en idea hasta arribar a la idea completa de sí, hasta volver en sí, como un jerifalte que vuelve al puño, si el puño fuese un jerifalte. Este vuelo de idea en idea no es caprichoso, constituye un itinerario forzoso, rígido— es un proceso lógico—. La *Lógica* de Hégel desarrolla este proceso

(1) En dos volúmenes. Ediciones de La Revista de Occidente. Madrid, 1928.